

Cuando conocí a Horacio Quiroga, éste era un hombre de enorme barba que acababa de casarse

Ester Haedo, 91 años, viuda de Enrique Amorim: acepto la revolución

reportaje de César di Candia

Ha tenido la fortuna de conocer el arranque de este siglo y la de poder recordarlo con una envidiable y lúcida memoria. No ha sido éste su único privilegio. En su larga vida ha estado muy cerca de varias personalidades. No solo del escritor Enrique Amorim, su esposo, sino de un primo muy corto de vista que veraneaba en la quinta de sus padres llamado Jorge Luis Borges, del genio granadino Federico García Lorca, su amigo personal, de un hombre sombrío y rudo de enorme barba y pocas palabras que le fue presentado como el cuentista Horacio Quiroga, del poeta Nicolás Guillén, de Eduardo Mallea, de Silvina Ocampo y de Rafael Alberti.

Pequeñita y frágil como una abuelita de cuento, los cabellos blanquíssimos y unos ojos celestes que deben haber causado estragos, Ester Haedo de Amorim, ha accedido a hacer un alto en sus ocupaciones para atenderme. Lee todo lo que anda cerca de ella, incluido revistas literarias, escribe cartas infatigablemente, se mantiene al día devorando los diarios de las dos orillas. El espíritu autodestructivo de los uruguayos ha ido

erosionando lentamente el recuerdo de su marido, pero la Unesco acaba de hacer una edición comentada de su novela "La Carreta", seleccionándola como una de las mejores de América. Me enseña un ejemplar dedicado que le han enviado de París. "¿Ve?" -me dice- "en el exterior se acuerdan más de Enrique que acá, pero no me enoja porque eso es cosa de viejos".

- Haga de cuenta que mi cara es un espejo. ¿Qué ve?
- Veo una vieja. (se ríe)
- Una vieja linda.
- No me diga eso. Soy una ruina.

- A mí me contaron que usted era una belleza.
- ¿Quién se lo dijo? Los testigos de mi juventud deben estar todos muertos... Pronto cumpla noventa y uno. ¿Le parece que hay muchos capaces de contar cómo era yo en mi juventud? Tenía el cabello color fuego y un cutis muy suave, nada más. Pero ya nada de eso queda. Y además no me importa, porque siempre creí que había que dejar de lado esas vanidades. Lo que importa es lo que está del lado de adentro de la cabeza. ¿Quiere que le hable de mi barrio natal? Yo he

leído que a usted le interesan esos temas.

- Si quiere que le diga la verdad, no pensaba preguntárselo, porque prefería hablar de don Enrique Amorim, pero ya que usted se interroga a sí misma...

- Bueno, nací cerca de esta misma calle Colonia, donde se junta con Libertador. Por allí había una calle que se llamaba Arapey y vivían mis padres. Después se trasladaron a una quinta muy grande, de manzana y media que mi familia había comprado en el Prado.

- Sería un barrio muy solitario, a comienzos del siglo.

- Prácticamente el campo. La quinta de al lado de la nuestra era de un señor Henderson, uno de los dueños de la famosa Tienda Inglesa del centro. Y toda esa zona había sido parte de un predio enorme, una verdadera estanzuela que había pertenecido a la familia Dellazopa, no sé cómo se escribe. Por casa pasaba la línea de los tranvías a caballo. Nosotros estábamos en Lucas Obes entre 19 de Abril y Camino Suárez. Cuando yo era chica vinieron los tranvías eléctricos que fueron la gran novedad. Uno era el 20 que iba al ba-

rrío Atahualpa y otro que era el 2 que hacía el recorrido del Prado al Puerto.

- ¿Y los de caballitos cómo eran?

- Había uno que recuerdo de las temporadas de verano. Era abierto y tenía una especie de escalón de madera todo a lo largo, digamos un estribo, que agarraba a todos los bancos porque estos estaban mirando hacia la calle. Además tenía cortinas de lona, unas a rayas azules y blancas y otras rojas y blancas. Eran tirados por dos caballos y el conductor al que llamaban mayoral, tenía una corneta con la cual anunciaba su paso por las esquinas peligrosas. Hacía jtu-ru-ru rú (imita la corneta) Era divertidísimo. En los repechos se le acoplaban otros caballos que eran los "cuarteadores". Había unos tranvías que iban al puerto y otros a la playa de Capurro, que aunque usted no me lo crea, en aquella época tenían las aguas limpias. (se ríe)

- Eso es de ciencia ficción.

- Aguas transparentes, m'hijo. Mujeres de un lado y hombres del otro y en el medio de la división, una zona desierta

de unos cien metros a la cual no podía ir nadie.

- ¿Y los hombres no violaban esa intimidad? ¿Ni siquiera con "alarga vistas"?

- Para nada. La gente era muy correcta. No existe esto que impera hoy en día, aunque debo decirle que en el Uruguay la gente es mucho más respetuosa que en la Argentina, sobre todo en Buenos Aires. En el interior de nuestro país da gusto cómo se trata al prójimo.

■ La increíble fortuna de los Haedo

- Por lo que sé, su familia es muy antigua y eran dueños de gran parte del departamento de Río Negro.

- Los Haedo eran españoles y allá por el año 1740 dos hermanos de ese apellido se instalaron en Buenos Aires, con un gran comercio. Parece que la fortuna la hicieron aprovisionando con víveres y pertrechos a las expediciones. Con lo que ganaron, compraron tierras en la Banda Oriental. Una insignificancia de campo. Uno lo dice y parece tan natural... (se ríe) Compraron trescientas leguas cuadradas.

- Vamos a traducirlo, porque no es fácil de imaginar. Son algo así como mil quinientos kilómetros cuadrados, es decir, ciento cincuenta mil hectáreas. Tiene razón: una pavadita.

- Claro. (se ríe) Los límites del campo eran por un lado el río Uruguay, por el sur el río Negro, usted sabe que esa zona donde se juntan los dos ríos es llamada Rincón de las Gallinas o Rincón de Haedo. Bueno, al norte estaba el río Queguay y al este no recuerdo, eran unas cuchillas. Los descendientes de esos españoles pelearon junto a Rivera contra los brasileños. Y ahora tengo un sobrino nieto ocupando un cargo muy importante en el gobierno de Lacalle, el economista Javier de Haedo. ¿Lo conoce?

- ¡Cómo no! Hasta su designación hemos sido compañeros en este seminario.

- Ya ve qué chico es Montevideo.

- De modo que a su padre debe haber llegado una buena porción de campo.

- Tenía bastante, sí. Y mi madre también. Ella era de apellido Young y descendía de ingleses.

- Cuénteme como transcurrió su infancia, encerrada en aquella gran quinta del Prado.

- No tenía casi amigas. En casa había un matrimonio de caseros que habían venido de Lombardía y mis compañeros de juegos eran sus hijos. Yo fui la última de mi familia, porque el hermano que me seguía tenía diez años más que yo. De modo que tuve una niñez muy solitaria. No había vecinos, la casa estaba muy aislada, rodeada de jardines grandes. Los vecinos estaban a bastante distancia. Yo fui educada por una institutriz inglesa que estuvo quince años con nosotros, viviendo en casa. Y me enseñó de todo; nada de lo que aprendían las niñas de antes que lo único que sabían hacer era bordar y coser. A mí me enseñó dos idiomas, inglés y francés y me preparó para un montón de

cosas. Yo aprendí a hablar inglés mejor que castellano, porque antes de empezar a estudiar habíamos estado cuatro años viviendo en Europa. A mí me hubiera gustado seguir una cerrera, pero aquellas costumbres que existían entonces me lo impidieron. Lo que yo quería era demasiado avanzado. No se olvide que en aquel tiempo no se concebía que una mujer trabajara a la par del hombre.

- ¿Dónde conoció a don Enrique Amorim?

- En la playa de Carrasco hacia el final de los años veinte. Una de las cosas que nos atrajo mutuamente fue la coincidencia en los gustos literarios. Yo siempre he leído mucho y en aquel momento dominaba la literatura inglesa y la francesa a cuyos autores había leído en su idioma original. También conocía bastante a los argentinos que entonces estaban muy poco divulgados. El también estaba interiorizado de la literatura argentina porque si bien había nacido en Salto, se había ido a Buenos Aires a los dieciséis años y a los veinte ya había empezado a escribir.

- ¿En qué escritores coincidían?

- Recuerdo uno y bastante olvidado: don Benito Lynch.

- Eso en cuanto a los argentinos ¿y referido a los europeos?

- Coincidíamos en casi todos, incluso en algunos poco conocidos. No podría precisar nombres.

- ¿Tuvo un noviazgo largo?

- Nos casamos enseguida y viajamos muchísimo. Teníamos un departamento estable en Buenos Aires, pero solo para ir de paso. Primero estuvimos un año en Europa, regresamos y volvimos a irnos otro año. Después ya nos quedamos en Buenos Aires.

- ¿Y por qué no en Salto o en Montevideo?

- Porque Enrique se había formado allá y todos sus amigos pertenecían a aquellas peñas literarias. Quiroga, Baldomero Fernández Moreno, Eduardo Mallea, Silvina Ocampo...

■ El misterioso Quiroga

- Horacio Quiroga siempre estuvo rodeado de un halo de excentricidad que impide conocerlo cabalmente. Cuénteme cómo era.

- Era un hombre misterioso, raro. No solamente de físico, sino de trato. Pero era afable y un gran amigo de Enrique. Fue quien lo acercó a los grupos literarios y a la revista "Nosotros". De allí mi marido saltó enseguida a "La Prensa", "La Nación" y "El Hogar". Con Enrique se carteo muchísimo y éste se movió para mejorar su situación económica, porque en algún momento fue destituido por razones políticas de su cargo de cónsul en Misiones. Yo no lo conocí tanto como para intimar con él. Pero sabía de su vida tremendamente conflictiva. Arrastraba remordimientos por la muerte accidental que le había provocado a su amigo Ferrando y por el suicidio de su primera esposa, que antes había intentado quitarse la vida ya varias veces.

- En el libro biográfico de Delgado y Brignole, se

A

SU VIDEOGRABADOR JUEGUELE LIMPIO

Movie Video incorporó un moderno service de limpieza y mantenimiento para videograbadores.

Técnicos especializados trabajan rápidamente y a la vista.
Tres meses de garantía, y 1 funda cubre videograbador importada de regalo.

Limpieza, lubricación, mantenimiento y ajuste por sólo
N\$ 5.500 (Socios)
N\$ 9.500 (No socios)

El Servicio Movie Video atiende también sábados, domingos y feriados.

Y puede pagar con tarjetas de American Express, Argencard, Credisol Especial, Diners, Master Card, Oca Card, Plata o Visa.



**MOVIE
VIDEO**

Bvr. España 2407
Tel. 78.82.54 - 78.80.67.

EL CLUB DE POCITOS

con una adolescente rubia y hermosa, compañera de colegio de su propia hija. Tenía aspecto de rabino sexual de los jóvenes. Antes era igual pero las cosas se tapaban

le describe durante su período en San Ignacio, como un hombre despótico, malhumorado, casi mudo, de gustos enfermizos por aquella vida salvaje de la cual su esposa Ana María terminó por liberarse con el suicidio.

— Ese libro lo pinta mejor que ninguno. Yo lo conocí bastante tiempo después, cuando recién había contraído su segundo matrimonio con una jovencita que era compañera de su hija Eglé. Recuerdo que me impresionó mucho ver a aquella chica hermosísima, rubia, casi una niña casada con aquel hombre de enorme barba que podía ser su padre, y que tenía aspecto de sefardí.

— Usted quiere decir que parecía un rabino.

— Juzgándolo por el físico, yo diría que tenía ascendencia judía. Muy probablemente tuvo algún antepasado hebreo escapado de España. Esto es una impresión personal mía, que nunca comenté con nadie, salvo con Enrique. Esta chica a que me refiero, que se hacía llamar (o Quiroga hacía que la llamaran) María, con acento en la primera a, vive todavía en Buenos Aires.

— Yo la conocí y sigue siendo una señora hermosa.

— He oído decir que una hija de ella y Quiroga se suicidó.

— No lo sé. Pero sería el tercer hijo de Quiroga muerto en esa forma, porque Eglé y Darío también se quitaron la vida, como su padre y su madre.

— Darío era un muchacho espléndido, de una inteligencia fuera de lo normal. Quien tenía mucha amistad con él era Ulises Petit de Murat, gran amigo mío también.

— ¿Es verdad que usted es parienta de Jorge Luis Borges?

— Mi padre y la madre de Borges eran primos, pero además los unía una gran amistad. No se olvide que la gente que vivía en el litoral uruguayo, tenía mayor facilidad para conectarse con Buenos Aires que con Montevideo. Era menos difícil ir en barco a Buenos Aires que en ferrocarril a nuestra capital. La familia de mi marido tenía campo en Salto, cerca del pueblo Saucedo. El establecimiento tenía un nombre indígena, "Tangarupá" que quiere decir "lecho de sombras".

■ El primo Jorge Luis

— Me iba a empezar a hablar de su relación con Borges.

— Cuando éramos chicos, Borges y su hermana venían a veranear a nuestra quinta de la calle Lucas Obes. El y yo teníamos la misma edad. Borges hubiera cumplido años ayer o antes de ayer y yo en los primeros días de octubre.

Los dos somos del 99. Generalmente venían a mediados de enero y se quedaban en casa hasta marzo. El pobre Borges era muy corto de vista ya desde niño, posiblemente como herencia de su abuela inglesa que sufría del mismo problema. Jorge Luis leía constantemente y siempre con el libro pegado a su nariz. A nosotros no nos gustaba que leyera tanto porque queríamos que jugara y nuestra venganza era robarle el libro y esconderlo. (se ríe) Le hacíamos una especie de chantaje. Si jugaba conmigo y con su hermana, le devolvíamos el libro. Esa era la única forma de apartarlo un poco de la lectura, porque se trataba de un chico retraído y juicioso, hasta demasiado juicioso. (se ríe) Con los años conocí a mi marido en los cenáculos literarios de Buenos Aires y se hicieron muy amigos, a tal punto que Borges le dedicó su libro "La muerte y la brújula".

— Trate de rescatar un poco más esa figura de Borges niño que tan poca gente conoce.

— Ya le dije que era muy poco sociable aunque sabía

manifestar afecto. No tengo dudas que fue mi gran amigo de la niñez.

— De pronto hasta sus padres les estaban armando el noviazgo aunque ustedes ni se dieran cuenta.

— Puede ser... (se ríe) Eso se acostumbraba mucho... pero yo lo quería como amigo y compañero. Ya de jóvenes nos vimos bastante menos. Con quien mantuvimos una copiosísima relación epistolar fue con su madre Leonorita que era quien le leía todo cuando él ya no pudo valerse de sus ojos. Esa poca vista que tuvo prácticamente desde la cuna, le restringió casi todas sus actividades físicas. Sin embargo una de las cosas que hizo estupendamente fue nadar. Como la guerra del catorce agarró a su familia en Suiza, y tuvo que vivir obligadamente un tiempo allá, él aprendió a nadar en el lago de Ginebra. Otros deportes no pudo practicar porque tenía un tipo de cataratas muy raro. Lo operaron varias veces, pero su ceguera definitiva se debió a una verdadera desgracia. Había salido bien de la intervención en el único ojo que todavía era operable, pero a consecuencia de la anestesia le vino un ataque de hígado que le provocó unos vómitos horribles. Los espasmos y los movimientos bruscos de éstos, hicieron que su herida del ojo se abriera, tuvo un derrame de sangre y ahí se quedó ciego.

— ¿Conoció a su actual señora?

— Muy superficialmente, cuando ella era su secretaria. Sé que se ha hablado mal de ella, pero yo le agradezco que le haya dado a los últimos años de Borges, la compañía de su juventud. No conozco los entretelones de su relación con él, ni me interesan. Para mí, ella es un enigma, tal vez por ser mitad argentina y mitad japonesa. (se ríe)

— ¿Cuántos años vivieron ustedes en Buenos Aires?

— No sé... como veinte. Tuvíamos que venimos por los problemas derivados del primer gobierno de Perón. A Enrique no le gustaba vivir en Montevideo, salvo en verano cuando íbamos a la playa, así que nos instalamos en la casa de Salto.

■ La amistad con García Lorca

— Es tradición que a esa casona de Salto solían ir muchos visitantes ilustres. García Lorca, por ejemplo.

— Ese es un error que se ha repetido varias veces. Lorca nunca estuvo con nosotros en Salto, sino en Montevideo. La amistad de Enrique con él, comenzó en Buenos Aires y se prolongó acá.

— Eso fue en el año 34, dos años antes de su asesinato.

— Sí. Enrique andaba para todos lados con él. Era un tipo encantador. La persona más despojada de vanidad que usted se puede imaginar. Era como un niño. Siempre entretenido, siempre juguetón, siempre ocurrente. Tenía una gracia natural muy gitana. Podría contarle una anécdota, no sé si puedo disponer de su tiempo...

— Todo el que quiera. La que puede fatigarse de hablar tanto es usted.

— Cuando hablo de las cosas que me gustan no me canso. (se ríe) La estadía de él coincidió con el Carnaval y había muchos corsos, como era costumbre entonces. Enrique tenía en ese momento un auto de aquellos desca-potables. Le bajaron la capota y fueron al corso Enrique, un hermano, Federico y el poeta Alfredo Mario Ferreiro. Ya habían tenido lugar las conferencias de Lorca, con un éxito fabuloso y la prensa había publicado muchos retratos de él. De modo que la gente empezó a reconocerlo y a decirle "¡Qué calor! ¡Qué calor!" Al principio él no entendía nada, pero después se dio cuenta

que lo mencionaban en lunfardo, eso que le dicen el "vesre". Calor es Lorca al revés. (se ríe) Federico despertaba idolatrías. En un momento, de ese corso una mujer se abrió paso, llegó hasta el lado del auto, alzó a un niño en brazos y le dijo: "Por favor, Federico, bésalo en la frente".

— Dicen que era un hombre extraordinariamente simpático.

— Ni me cuente. En las conferencias no solo hablaba y recitaba, sino que tocaba el piano y cantaba sus propias canciones.

— Además dibujaba notablemente.

— Hace un tiempo la hermana de él hizo una recorrida por acá recogiendo dibujos de él para el Museo de Lorca que estaban armando en Granada. Los que él le había regalado a Enrique se los llevó todos. Teníamos unos cuantos, pero no nos quedó ninguno. Ella era una mujer completamente diferente a Federico. No parecía de la familia. Ni física ni temperamentalmente. A mí me han dicho que hasta era franquista. A Federico lo mataron por odios de pueblo. Yo sé bien lo que son esas cosas, porque he vivido en uno. En las grandes ciudades hay desavenencias y peleas, pero los odios de los pueblos son tremendos. No perdonan nada.

— ¿A qué otras personalidades conoció en esos años?

— A Pío Baroja, un viejito encantador, a Nicolás Guillén, que vivía en Buenos Aires y vino a visitarnos. Enrique le organizó un homenaje de beneficio en el teatro "Larrañaga" de Salto porque andaba económicamente muy mal. Conocí también al poeta Rafael Alberti y a su esposa María Teresa León. Por ahí tengo una carta de Alberti a Enrique, toda en verso. Todavía vive Rafael, debe de ser muy viejito. Aunque si lo pienso bien, es menor que yo. (se

ríe) María Teresa sí murió. Cuando la guerra civil, el gobierno les confió a ellos dos en custodia, los cuadros más valiosos del Museo del Prado. ¿Usted se da cuenta lo que significaba esa fortuna? También conocí a Cándido Portinari y a... bueno no me acuerdo... déjeme pensar...

— ...¿A Neruda?

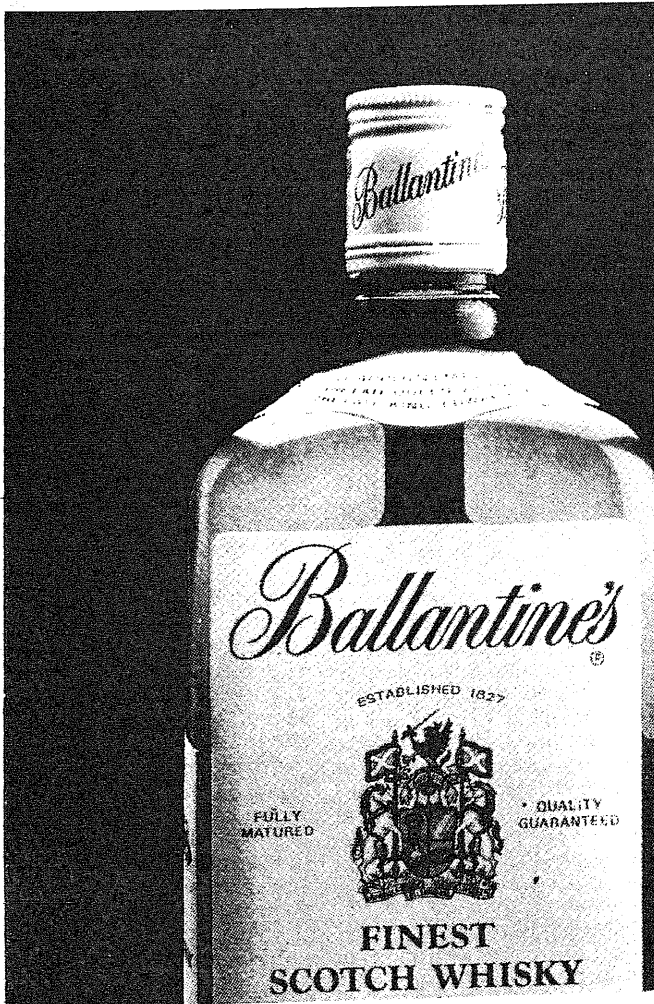
— También, pero nunca tuvimos amistad. Lo traté como a tantos. Enrique en cambio era amigo de él.

— ¿Cómo definiría a su marido, el escritor Enrique Amorim?

— Como un hombre bueno, inquieto, siempre lleno de proyectos y de novelarías. El único mérito de mi vida es haber sido su compañera, e haber sabido entenderlo. Le voy a contar una cosa muy íntima porque a usted le gusta escuchar a los viejos. El día de su entierro yo quise acompañar el cortejo, aunque estaba destrozada. Y al pasar por las calles, observé las veredas llenas de gente que había acudido espontáneamente para despedirlo. Y ahí no había diferencias sociales ni ideológicas. Todos lo querían mucho.

— Al borde de los noventa y un años, se siente integrada a este mundo tan diferente al que usted llegó a conocer en la otra punta del siglo? ¿Cómo convive con esta fantástica diferencia de costumbres?

— Yo siempre entendí esto, porque es la consecuencia de la evolución natural de la humanidad. Lo que hacen los jóvenes de hoy, ya lo hacían los de Europa hace veinte años. Me parece totalmente normal que una chica salga de la casa de sus padres y se vaya a vivir con un muchacho. Yo nunca lo hice porque en mi época era impensable, pero no me chocan. Acepto la revolución sexual de los jóvenes, porque antes era exactamente igual pero las cosas se tapaban.



CUANTO MAS SEPA DE WHISKY ESCOCES MAS LE GUSTARA

Whisky Ballantine's

Importadora CATTIVELLI HNOS. S.A.